

Martes 7. 5 y 20 de la madrugada

NUNCA, ¿me oís?

La basura, nunca.

La de los animales, la del público, la de la pista.

Yo, Justino Biosca, menos limpiar, todo.

¿Me oís?

Sí, sí... te hablaba porque sé que te has vuelto a acostar ahora. Y que no duermes.

No soy cobarde pero, aun si pudiera levantarme, así tan en la noche todavía me gustan menos esas puertas entreabiertas con quejas acá o allá, por lo oscuro, los corredores blancos que no acaban y que a vos si te gusta andarlos a estas horas.

¿Querés dormir, che?

Ah, bueno.

Bueno.

Que te da ya lo mismo.

A mí recién me despertó la enfermera, la petisa, para tomar la fiebre. Igual, 37'3. Poco. Y de dolor, nada en casi toda la noche. Bueno, ya esto es otra cosa, parece. Vos, bien también, ¿no?

Y... fuiste a verlo. Lindo, seguro. Con todo y la escalera de incendios molestando, lo viste al mar. Yo creo que te levantás por eso en la noche. La playa grande, las luces de Cádiz allá a mano derecha, el faro... ¿Cómo? ¿Ma qué gracias, por lo de antes...? ¡Pero no, que no me agradezcas que esta mañana te haya contado lo de la leona!, ¿no te das cuenta de que anduve en eso más de treinta años? Comí y viví de eso, entendeme.

Y no sé si todavía es mi vida el circo.

Lo fue, ahí me hallaba, y vivir del circo no es fácil, ¿sabés?, no es comerse un alfajor. Pero yo, así a los tumbos fue como me ví en mi sitio. El mío: nunca supe explicárselo a nadie, mirá. Ni a mí. En la capital, casi la mitad del año estaba el circo... bueno, los circos, porque anduve en cuatro. Con ellos conocí bien los barrios; el que más, Palermo. Y Barracas. O salíamos de turné por el país.

Ahora, cuando viene un circo acá, ya no voy, me entra la mufa, me da pesar estar mirando, de inútil no más. Y eso que... este... yo era siempre el boludo de los cuadernitos con los números, el de las cuentas. Pero la basura no la toqué nunca. Ni poca ni mucha, ah no. Y eso que en un circo de los que andan se está a todo el laburo, no podés ir de pituco, de hijito'e mamá.

Un día me puse hasta la galera, me puse. El sombrero'e copa. Estaba enfermo el Di Caro y yo hice en las dos funciones de director de pista, así

de galerudo, a ver. No tan bien como a él, pero me salió medio bien, hasta con eso me arreglé y nunca lo había hecho. Ni lo hice más, no me gusta. Con ese chambergo y la manera de anunciar los números, si no lo sos, igual quedás de señorón y de sobrador. No me gusta.

Pero todo lo que hice antes del circo se fue al brodo, mirá que allá le decimos el brodo a la ruina. Al fracaso.

Todo.

Casi de pibe, futbolista. Tres años pagos jugué en un once de Quilmes, y medio me fichan en Boca, ya lo oíste. A jugar en su cancha, en la Bombonera, con el Boca Juniors; por poco que te guste el fútbol, te ha'i sonar ese equipo. Pero al final, nada. Ficharon a uno de River, un tal Olivari.

Ahora, a mis años y acá en un hospital, te recordás trotando con el balón entre los pies, y te hace tanto mal que acabás medio aborreciendo a aquel potro boludo que fuíste, y te consolás pensando que no era para tanto y que el tiempo te lo hace aquello más bueno de lo que fue. Meli mi nieta (¿viste qué linda?) tiene aún, me parece, una foto mía en la cancha. Con Méndes el entrenador, que era gallego de Galicia, y el negro Foronda, el mejor arquero que ha tenido Quilmes, como que ése sí que acabó en Boca Juniors. Y yo miro esa foto y ni me conozco, y me parece ayer, duramos menos que un mosquito en una ventana, mirá. Un futbolista esto que está aquí..

Y luego, qué sé yo.

Más trancos di que el pingo'e Martín Fierro. Unas cobranzas. Mal. Luego, un almacén que puse en el barrio'l Caballito. Y otro en Boedo. Mal. Una contabilidá que le llevé a un tipo de los muelles, a un tano. Muy peronista y con mucha plata. Y con trampas, ¡ah!... más trampas que plata tenía aquel Parduchi.

Después, una sala de baile grande que anduve llevando en Santos Lugares y era como un quilombo... este... una casa de putas. Aunque no se fueran allí mismo al catre.

Por ese tiempo fue cuando la difunta mi esposa me dejó y se vino acá, se vino. Tanto les había hablado yo de Cádiz que, a la semana de plantarme, tuvo ella el coraje de dar el salto y pasarse acá con la nena, la mamá de Meli, que también ha muerto y que de chiquita estaba siempre en casa métale a querer venirse acá; quién sabe si ella, mi mujer, también lo hizo por eso, por lo que le tiraba a la piba venirse. Pero no, no... me parece que no se vino por eso.

Y, bueno, se vino con la hija y se buscó la vida, hizo el camino al revés que los emigrantes que se iban allá a laburar, tantos que se iban hace cuarenta y más años, en vez de venirse de allá para acá, como se vienen ahora. Y mi mujer, de pava, nada. Ni de tirada: cuidadito. Hizo de limpia-

dora, de cocinera, y después ama del llavero en una casa buena de la Calle Ancha. Guapa en todo la flaca, es que a mí no me sabría llevar, lástima de mal genio e mierda. Conmigo y con nadie más ese genio. Las malas caras, las malas palabras. Primero, porque yo andaba en lo de Santos Lugares tratando con aquellas minas, y con vagonetas, caferatas... ¿y qué? Eran ellos los que se levantaban a las mujeres y vivían de ellas. Ellos, no yo. Y si eran mis amigos, ¿qué?, beatitas y frailes no bajan a esos bailongos y hay que vivir de algo, ¿no es cierto?

Después llegó lo de Nélidea, bueno.

Nélidea, no; Nelda. Una rubiesita. Así como Tinuca la enfermera linda y de tan buena mano, la de las mañanas. Se me hubiera pasado pronto el metejón, lo sabía, y se lo dije a la flaca, a mi mujer, cuando se enteró no sé cómo. Pero no, no hubo más que hacer. Porque tampoco fue lo de Nelda, mirá. Es que llovía sobre bañado, es que nunca acabó mi mujer de estar cómoda conmigo, nunca.

Ya lo dejo. Nada vuelve atrás, y además a vos qué carajo te importa. Sobre todo, a estas horas. Si te cuento es porque sos un buen tipo y sé que no dormís ni te cansás de escuchar, si te cansaras no me harías preguntas. Y además tenés conmigo la atención de... Pero qué silencio, oí. Quién sabe si por eso me hace bien ahora hablar y hablar, por no sentir ese silencio, aún falta un buen rato para que amanezca. Y bueno, no sé por qué hablamos así tan bajo; es una suerte que para conversar, para todo, haya sólo dos camas en estas piezas. En hospitales de allá he visto hasta seis, cuando no esas salas con cincuenta y con cien. Pero si ahora querés dormir me lo decís, ¿de acuerdo? Ya que te diste el paseo y lo viste al mar.

Raro que esto no esté ni a un costado, sino adentro del mar. Raro, ¿no?, menos para nosotros, los que somos de acá. Pero si Cádiz se conoce es por eso. Y por lo antiguo y lo lindo, no por la otra sonsera. Esa gran cagada, che.

Lo de los maricones.

Y que acá no hay más que en otros lugares, qué va a haber, yo sé. Pero se habla de eso. Cualquier comemierda se lo inventaría. O es que a la gente de afuera la confunde el humor de acá, la confunde. Sobre todo, esos de arriba deben ser, los de Valladolid, los castellanos, los bilbainos,... La fama de serios, mirá, así de tipos duros y forsudos, pero luego, muchos, un culo ancho y resucio como el Riachuelo. De tanto recibir visitas, ya sabés.

Me acuerdo de La Flor. Quién sabe cómo habrá acabado. Y... mal.

Allá en la cárcel, en Villa Devoto, fue la última vez que lo vi.

Ahora dieron en televisión una cinta española, «El hombre llamado Flor», que me lo hizo recordar hasta por el nombre, la historia de otra

florsita loca, un abogado. Varón seriote de día, putón cantante a la noche. O cantanta. En Barcelona. Ah bueno, que no la viste esa cinta. Pues aquella Flor de allá era todavía más rara. Y las dos, valientes. Dos locas bien bravas... ¿cómo, cómo, si escandaloso aquél también? Sí, todo. Pero igual que el de Barcelona: delante del público nomás. Si lo veías en su vida particular, ya no, aunque siempre anduviera en enredos de hombres.

Con un buen mozo aunque era casi un pibe, el turquito que les daba de comer a los animales del circo y los limpiaba, con ese lo agarré de lleno a La Flor, y ellos a mí no alcanzaron a verme... No, nada de noche: no más desayunar fue, pero ya apretaba el calor. Estaban transpirados, echados atrás del pasto de los elefantes, era mañana de Reyes Magos y se me ocurrió que aquello grande del turquito era el regalo de Reyes para el otro.

Luego acabaron mal, cómo no, y el muchacho se quedó a laburar cerca de Mar del Plata, en un garaje o un taller, y La Flor siguió con el circo.

Y sin embargo, quien junara a aquel tipo fuera de la pista no se daba cuenta de nada, te digo. Mucho menos al saberle el oficio, que, nada más mentarlo, ya parece cosa de machos muy enteros. Pero, al revés: ahí, ahí en su laburo era donde se le veían sus hojitas a La Flor. En la ropa y la manera de moverse, de mirar, en todo. Vieras...

Bueno, al empiezo del número no quedaba tan-tan claro quién de los dos era La Flor, si lo era el hombre o lo era la mina que salía con él. Porque el tipo no iba a anunciarse en un circo con ese nombre, imagínate, lo linchan en cualquier pueblo, así que se tapaba con la mujer. Ella sacaba un cartelón plegado y luego lo levantaba abierto, volteándose despacio en la pista para que todo el mundo leyera en aquellas letras grandes: LA FLOR DE NOGOYÁ. Un poco como si fuera ella La Flor, ¿entendés?, aunque señalando con una mano al letrero y luego al tipo, antes de cerrar el cartelón y de pasárselo al director de pista. O si no, los enanos, Ceroti y Viruti, hacían que le robaban a la mina el cartelón para llevárselo adentro. Ella corría entonces al poste, un tronco muy ancho con adornos indios y con la cabeza de un águila arriba, y pegaba el cuerpo a la madera dándole cara al tipo, quietesito a un lado de la pista y envuelto, hasta sin vérselo la cara, en una capa celeste que se quitaba entonces de un tirón, revoleándola en el aire como un torero, mirá. Y ya, ya empezaba a no saberse bien cual de los dos era La Flor, si el macho o la hembra, con las morisquetas del tipo y hasta haciendo juego su ropa con el vestido de ella, hojitas y capullos y bordados en los trajes de lentejuelas de los dos.

¿El Circó'e París?... no, no, ésto de La Flor no fue en el de París, que se llamaba ya Circo Atlántico y yo seguí un tiempo llevándoles las cuentas. Y el tipo, La Flor, se acordaba de mí en la cana, en la cárcel quiero decir, aunque, lo que se dice hablar, bien poco que habló siempre, no como yo.